

Creo, no obstante, que lo más importante de los poemas de Justo Jorge Padrón es que han conseguido un certero sentido de la contención, un exacto distanciamiento logrado a pesar de la intencionada y sugestiva acumulación sentimental. Es la huella de toda una concepción de la poesía, de Manrique a los poetas metafísicos ingleses, haciendo cala en Cernüda, Quasimodo, Francisco Brines y Valente, tan queridos y admirados por nuestro poeta y por lo más válido de nuestra generación.

A todo ello une un sentido distinto de la composición poética que presta a su joven voz una extraña madurez. Se desprende del libro, y más claramente aún de uno de sus últimos poemas, «Ola ardiente», publicado recientemente en *Fablas*. Me refiero a la ruptura seria de los elementos narrativos en el poema; esta ruptura estaría dada a través de elementos alucinantes y las imágenes rozarían el abandono:

*Duros ojos viscosos cuelgan por los dinteles,
lenguas torcidas manchan
cuadros y espejos apacibles.*

Esta es la continuación de su intento para lograr una nueva poesía, no los experimentos gratuitos que no conducen más que a un narcisismo en la destrucción de la forma, aunque esto que digo parezca a primera vista un contrasentido. Así se llega a la ruptura de una órbita en exceso lógica y se logra que el poema, con frecuencia, no equivalga a conclusión. En el fondo, la lógica continuación, como puntualiza el mismo poeta, de esa poesía de conocimiento entreverada de ética de la generación del cincuenta. Escribir no es romper con la tradición, es hacerla cada vez más viva. Con ella Justo Jorge Padrón se acerca a la belleza, hace la belleza eternidad muy nuestra, rota en el tiempo de soledad.—*MANUEL VILANOVA (Polígono de Coya, número 16. VIGO)*.

MARÍA JOSÉ DE QUEIROZ: *Presença da literatura hispano-americana*.
Imprenta/Publicações. Belo Horizonte, 1971; 251 pp.

María José de Queiroz emprende con excelentes resultados un método comparativo de las literaturas hispanoamericanas acorde con las técnicas más modernas. En efecto, su método se basa en el análisis a fondo de los textos (ensayo, novela, poesía): análisis, primero, del aspecto histórico en función de la sociedad y del medio en que nacieron, pero refiriéndose siempre al panorama cultural español como patrón

obligado; luego, del literario; después, del lingüístico, y, por último, del meramente anecdótico, nunca traído por los pelos, sino, antes al contrario, oportunamente introducido para que la lectura de su estudio pase, como de hecho pasa, en un abrir y cerrar de ojos. Es decir, que este método de Queiroz pone a contribución del espíritu investigador todos los avances de la historiografía, por un lado, y los de la crítica literaria y el mundo de la sorpresa, por otro. Método, pues, de extraordinaria precisión, a pesar de que en dos de los seis ensayos que integran el libro (los titulados «América: la nuestra y las otras» e «Introducción al romanticismo hispanoamericano») no alcanza el rigor absoluto de los otros cuatro («Invitación a la literatura hispanoamericana», «América latina en el mundo moderno», «La Araucana» y «El Matadero»), donde lo fundamental aplasta lo accesorio produciendo siempre los mejores frutos, tirando hábilmente de los anzuelos de la lucidez.

El procedimiento de enfocar primero un aspecto y luego otro, estudiándolos sucesivamente hasta agotarlos, ha dado en llamarse de especialización. Pero ha de entenderse bien este concepto referido a María José de Queiroz, profesora de Literatura hispanoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Federal de Minas Gerais (Brasil) y profesora asociada en la Universidad de París-Sorbonne. En Queiroz la especialización nunca conduce a visiones fragmentarias e inconexas del problema objeto de estudio, ya que siempre tiene en cuenta el resultado final y se encamina a una concepción unitaria del problema: *el sentimiento de nuestra América, en su totalidad histórica y geográfica, preside nuestra perspectiva de conciencia integradora, que no excluye —de modo alguno— la herencia occidental, sino que la asimila y absorbe en su movilidad atlántica* (pp. 23-24).

Desde las Indias occidentales al paraíso de León Pinelo y la leyenda de *El Dorado* hasta el Siglo de Oro pasando por las literaturas mestizas, desde los *dos mundos que coexisten, pero que no conviven*, América y Europa (p. 40), hasta la negación de la declaración de Monroe en 1823, *set apart from Europe* (p. 67); desde *la dicotomía de América latina* (p. 127), hasta *La Araucana, o la epopeya reformada* (p. 189) —donde Queiroz recobra por medio de una elipsis cortazariana la tesis que predominará a lo largo del estudio: *la expresión heroica del pueblo americano*—; desde la primera a la última de las páginas de este libro nos encontramos fundamentalmente ante un ensayista de tesis que, si por una parte le perjudica, ya que el propósito doctrinal de *barrer para casa* aparece demasiado claro, en detrimento casi siempre del facto estético (de tanta importancia en el mundo americano), por otra confiere a su obra un alto valor personal, ya que no se trata

de un dogmatismo teórico cerrado, sino de unos cuantos principios que brotan y se nutren de la misma práctica: su admiración por Andrés Bello, Martí, Sarmiento, Hostos, Rodó, Darío, Mistral, Asturias, Borges, Neruda y Cortázar.

Como nota triste, que no negativa, diremos que este libro de María José de Queiroz delata una cierta animadversión, no siempre disimulada, por la literatura española o, mejor, por la influencia de la literatura europea en América. *Para los europeos somos América Latina, entidad de existencia vaga con algunas ciudades civilizadas—Río, Buenos Aires, Sao Paulo, México, Caracas—que pueden ser consideradas como capitales de cualquier país de ese conglomerado de «repúblicas» sin historia ni tradición...* (pp. 101-102). El retorno al pasado histórico y a la naturaleza ofrece en América peculiares matices. La Historia no podía presentar a los ojos de los americanos el mismo sugestivo cuadro que la suya a los europeos. El pasado histórico anterior a la Conquista les era desconocido; además, ningún vínculo de sangre o de cultura, como no sea muy débil, les liga a las viejas razas, ya en su mayor parte desaparecidas. Esto conviene tenerlo en cuenta, sobre todo a la hora de elogiar unas literaturas cuyas fuentes (europeas) están ahí con un sólo motivo: la de ser apreciadas por propio merecimiento. JOAQUIN GIMENEZ-ARNAU (*plaza de Cancillería, 7. MADRID-8*).

JUAN EDUARDO CIRLOT: *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor. Barcelona, 1970.

Son numerosos los libros que buscan desentrañar en forma a veces jocosa los misterios que rodean el significado y las relaciones entre mitos, símbolos, números y otros objetos que se hallan en conexión directa con los hombres y que de una forma o de otra implican un acercamiento al estudio de lo real y de lo superreal.

En este sentido se produce la obra de Juan Eduardo Cirlot que publica Labor; es la segunda edición, muy aumentada y corregida, de la primera que publicó Miracle en 1958 (y que tradujo al inglés y editó en Londres en 1962 Routledge & Kegan Paul, Ltd.). La importancia de esta obra, de 500 páginas, a formato más bien grande, con muchas ilustraciones, radica en que se trata del primer libro que en el mundo compila en forma alfabetizada los temas simbólicos. Estos constituyen la ciencia llamada simbología. Sobre ésta Cirlot nos pone en antecedentes en la introducción a su diccionario —unas 50 páginas—, y por él sabemos que el término designa, de un lado, una ciencia mo-